

Bx 2186

P 8

1884

V. 3

*Desolatione desolata est omnis terra,
quia nullus est qui recogitet corde.*

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay ninguno que considere en su corazon. (*Jerem. XII, 11*).



**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ**

Barcelona : Imprenta de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

PARTE QUINTA.

DE LAS MEDITACIONES

QUE PERTENECEN Á LA VÍA UNITIVA,

y contiene

LOS MISTERIOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR GLORIFICADO HASTA LA
VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO, Y PUBLICACION DEL EVANGELIO.

INTRODUCCION.

DE LA UNION CON DIOS, QUE ES EL FIN DE LA VÍA UNITIVA.

Las meditaciones que pertenecen á los que caminan por la vía que llamamos unitiva, tienen por fin la union con Dios nuestro Señor, de quien dice san Pablo, que *quien se llega á Dios es un mismo espíritu con él* (1). Y aunque esta union es propia de los varones perfectos, pero todos han de aspirar á ella, y tienen en ella no pequeña parte, aunque sean de los principiantes. Para cuya inteligencia presupongo que esta union tiene tres actos (2). - El primero, es union de entendimiento, cuyo oficio es traer á Dios dentro de sí mismo, y aposentarle en su memoria, pensando en él, y conociéndole con un conocimiento verdadero, propio, entero y perfecto; el cuál sea como una imágen y retrato muy al vivo de lo que es Dios, en el cual se transforme, segun aquello del Apóstol, que dice: *Nosotros, con rostro descubierto y sin el velo de Moisés, miramos cómo en espejo y contemplamos la gloria del Señor, y nos transformamos en su misma imágen, pasando de una claridad á otra, movidos del divino Espíritu* (3). En las cuales palabras nos enseña san Pablo, que la meditacion y contemplacion de las cosas gloriosas de Dios no es otra cosa que formar dentro de sí un conocimiento que sea viva imágen de

(1) I Cor. VI, 17.—(2) D. Thom. 1, 2, q. 28, art. 1 et 2.—(3) II Cor. III, 18.

011627

ellas. De modo que lo mismo que Dios tiene en sí, esto tenga yo dentro de mí por el conocimiento, procurando que cada día sea mas distinto y claro.

De este conocimiento procede el segundo acto de union, que es union de voluntad, la cual con grande fuerza sale de sí, y se abraza con la bondad que ha conocido, amándola, complaciéndose en ella, y deseando del mejor modo que puede gozar de ella. Esta union se declara por aquel supremo mandamiento del amor que dice: *Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, con toda tu ánima y espíritu, con toda tu fortaleza y con todas tus fuerzas* (1). En las cuales palabras se nos encarga un amor tan perfecto que lleve tras sí todas nuestras aficiones y deseos, traspasándolas en Dios con toda la intension y continuacion que pudiéremos. Los afectos que nacen de esta union y en que se han de ejercitar los que la pretenden en estas meditaciones, son estos: Admiracion de la majestad de Dios, de sus perfecciones y de sus obras; gozo de que sea quién es, y de que tenga tantas excelencias, y obre cosas tan gloriosas; alabanzas y hacimientos de gracias por los dones que de él proceden; deseos entrañables de verle y poseerle, y estar siempre unido con él; deseos tambien muy encendidos de honrarle y obedecerle, y darle gusto en todas las cosas, y de que todos los hombres le conozcan, amen y sirvan; celo ferviente de su gloria y de la salvacion de las almas, mezcladô con dolor grande de las ofensas que contra él se hacen; confianza en su bondad y providencia, y temor de su justicia, no temor servil que es excluido por la caridad, sino temor filial y reverencial, que teme apartarse de Dios y hacer cosa que le ofenda, aunque sea cosa muy pequeña; y con este afecto se ha de juntar dolor de los pecados que procede de amor, porque, como arriba se dijo (2), el grado superior de santidad siempre ejercita los actos del grado inferior, aunque con modo mas perfecto.

De esta union resulta la tercera, que es union de semejanza en la vida y costumbres, fundada en una perfecta conformidad con la divina voluntad, teniendo un querer y no querer con Dios en todas las cosas, así prósperas como adversas, de donde procede el ejercicio continuo de todas las virtudes que pertenecen á la perfeccion de la vida cristiana, por las cuales se alcanza aquel supremo grado á que Cristo nuestro Señor nos exhortó, cuando dijo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es* (3), que fué decir: Sed puros, carita-

(1) Deut. vi, 5; Luc. x, 27.— (2) En la introduc. de toda la obra, párrafo IV.

(3) Matth. v, 48.

tivos, misericordiosos, prudentes, justos, templados y santos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos. Y de esta manera se cumple perfectamente lo que dijo el Apóstol, que contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su imágen (1), recibiendo dentro de nuestro espíritu las virtudes gloriosas del mismo Dios, por las cuales somos semejantes á su gloriosa divinidad, pasando de una claridad á otra, esto es, de la claridad del conocimiento á la claridad del afecto, y de esta á la claridad de las virtudes, subiendo de una en otra, hasta ver con claridad al Dios de los dioses en Sion (2).

De lo dicho se sigue, que la vida contemplativa, cuando es perfecta, abraza estos tres modos de union, los cuales andan entre sí muy hermanados, ayudándose mucho el uno al otro, porque el conocimiento de Dios ayuda al amor, y éste á la imitacion de sus virtudes, y el amor é imitacion grandemente perfeccionan el conocimiento, porque, como dicen comunmente los maestros del espíritu (3), hay dos modos de conocer á Dios, uno especulativo, que procede de la lumbre natural de nuestro entendimiento, ilustrado con la lumbre de la fe, el cual con el discurso y meditacion llega á contemplar la gloria de Dios y sus grandezas, por las cosas que ve en las criaturas, ó por las que están reveladas en las divinas Escrituras, que son como dos espejos ó atalayas para conocer á Dios en esta vida. Otro conocimiento hay práctico y experimental, que procede del supremo don del Espíritu Santo, que llamamos sabiduría (4), ó ciencia sabrosa de Dios, el cual, como comenzamos á decir en el párrafo XI de la introduccion de este libro, se funda en las maravillosas experiencias que sentimos dentro de nuestras almas, por las ilustraciones celestiales, y por los afectos y dulzuras de la caridad y amor de Dios. Del cual conocimiento dijo David: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (5), como quien dice: Probad por experiencia la suavidad de Dios y sus efectos maravillosos, y por aquí llegaréis á verle como acá puede ser visto. Y el Apóstol nos aconseja que echemos raíces en la caridad, y en sus amorosos ejercicios, para que comprendamos (6). Esto es, para que palpemos y conozcamos por experiencia las grandezas de Dios, la latitud de su caridad, la longitud de su eternidad, la alteza de su divino ser y la profundidad de su sabiduría, y tambien la excelente caridad de Cristo que sobrepuja al conocimiento que se alcanza con la ciencia humana; y

(1) II Cor. iii, 18.— (2) Psalm LXXXIII, 8.— (3) D. Thom. 2, 1, 2, q. 180, art. 1; Dionys. c. 2 de divin. nom.; D. Bonav. Opusc. 7 de itinerib. ætern. itiner. 6; Gerson, 3 p. tract. de mystica theol.; D. Bern. Sermon. 23 et 24 in Cant. (4) D. Thom. 2, 2, q. 45, art. 2 et 3.— (5) Psalm. XXXIII, 9.— (6) Ephes. iii, 17.

en virtud de este soberano conocimiento quedaremos llenos de la plenitud de Dios, transformados en él por union perfecta, porque, como dijo el Sabio hablando con nuestro Señor: *Nosse te consummata justitia est, et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis: Conocerte á ti es consumada y perfecta justicia, y conocer tu santidad y tu virtud, es raíz de la inmortalidad* (1), porque la vida inmortal y eterna procede de conocer, como se ha dicho, al eterno Dios, amándole é imitando sus virtudes, de tal manera que, como dijo san Juan (2), quien no ama no conoce á Dios, porque Dios es caridad, y la caridad increada no se conoce perfectamente, si no es por la experiencia de los actos y afectos de la caridad criada, así como nunca se conoce bien la dulzura y eficacia de la miel y del vino, hasta que se gusta y prueba (3): por lo cual dijo santo Tomás (4), que era lícito desear conocer á Dios de esta manera, y tener experiencia de su bondad y voluntad, buena, agradable y perfecta, para no desviarse un punto de ella.

Por lo dicho queda entendido el fin principal de las meditaciones de esta parte V y VI, las cuales van encaminadas al primer conocimiento de Dios, para alcanzar el segundo, y gozar de la union con su infinita bondad y voluntad, al modo que se ha declarado. Y aunque es verdad que la contemplacion y union sobredicha tiene por blanco principal la divinidad y perfecciones de Dios, con quien se hace un espíritu; mas tambien mira la humanidad de Dios encarnado (5), y sus esclarecidas obras y virtudes, en las cuales resplandecen las excelencias de la divinidad, porque, como el mismo Señor dijo, la vida eterna no solamente consiste en conocer á Dios vivo y verdadero, sino tambien á su Hijo Jesucristo Salvador del mundo (6). Y los que quisieren excluir siempre de la contemplacion los misterios de la sacratísima humanidad, serán excluidos de gozar los frutos y regalos de la vida eterna. Porque él dijo: *Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, será salvo, entrará y saldrá, y hallará pasto* (7), que es decir: Yo en cuanto hombre, soy la puerta para entrar á Dios; si alguno entrare por mí, creyendo con viva fe en mí y en mi Padre, alcanzará la salud y vida eterna, y tendrá sus entradas y salidas, procediendo con la consideracion de los misterios de mi humanidad hasta los mas altos secretos de mi divinidad, y de éstos volverá á esos otros, y en todos hallará pasto espiritual de devocion para su alma.

Y por cuanto la vida de Cristo nuestro Señor tiene dos partes,

(1) Sap. xv, 3.—(2) Joan. iv, 8.—(3) Casian. Collat. xii, c. 13.—(4) 2, 2, q. 9, art. 3 ad 2.—(5) D. Thom. 2, 2, q. 180, art. 4.—(6) Joan. xvii, 3.—(7) Joan. x, 9.

una mortal y pasible, de la cual han sido las meditaciones que hasta aquí se han puesto; y otra inmortal é impasible, despues que resucitó, la cual vive ahora, y en ella resplandecen grandemente las excelencias gloriosas de su divinidad, porque, como dice san Pablo, *fué crucificado por la flaqueza del hombre, pero vive ahora por la virtud de Dios* (1). De aquí es, que las meditaciones de esta vida gloriosa de Cristo nuestro Señor, de que trata esta parte V, pertenece principalmente á los perfectos que han pasado por las otras, en nombre de los cuales dijo el mismo Apóstol: *Aunque hemos conocido á Cristo segun la carne, pero ya no le conocemos así* (2), que es decir, como declara santo Tomás (3), aunque hasta ahora conocimos á Cristo en carne mortal, sujeto á las miserias de nuestra carne, y le amábamos con amor mezclado con alguna aficion de carne; pero ya no le conocemos ni amamos de esta manera, sino contemplámosle en carne inmortal y gloriosa, y amámosle con amor puro, libre de todo resabio de carne y sangre. Lo cual se verá practicado en las meditaciones siguientes.

MEDITACION I.

DEL GLORIOSO DESCENDIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL LIMBO PARA SACAR DE ALLÍ LOS JUSTOS, Y DE LA GLORIA QUE LES COMUNICÓ.

PUNTO PRIMERO. — 1. Por fundamento de esta meditacion, se ha de considerar qué lugar es el limbo, qué personas habia en él, y en qué se ocupaban, hasta que Cristo nuestro Señor murió.—El limbo es un lugar debajo de la tierra; y por esto se llama infierno, cuando decimos que Cristo nuestro Señor bajó á los infiernos, y se llama *lago sin agua* (4), y cárcel de presos, oscura, y cerrada con puertas de bronce y con cerraduras de hierro, tan fuertes que no habia poder humano ni angélico para quebrarlas, ni para sacar al que una vez entraba dentro de ellas. En este limbo eran depositadas y encarceladas las almas de todos los justos, por muy santos que hubiesen sido, porque ninguno podia entrar en el cielo, por causa del pecado de Adán, hasta que Cristo muriese por todos; allí estaba el mismo Adán y Eva, Abel su hijo, Noé y Abrahán con los santos Patriarcas, Moisés y David con los Profetas, y el gran Bautista y san José, con todos los demás justos que murieron antes de la pasion.

2. Su continua ocupacion era suspirar por la venida del Mesías, para que les librase y comunicase la vista clara de Dios; y cada uno

(1) II Cor. xiii, 4.—(2) II Cor. v, 16.—(3) Ibid. lect. iv.—(4) Zach. ix, 11.

repetiria la oracion afectuosa que solia decir en vida; David daria voces á Dios: *Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu Salvador* (1). *Despierta tu potencia, y ven para que nos hagas salvos* (2). *Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á ti, Dios* (3). *Mi ánima tiene sed de Dios fuerte, vivo: ¿cuándo tengo de ir y parecer ante el rostro de mi Dios?* Isaías diria: *¡Ojalá rompíes los cielos y viniesses, para que con tu presencia estos montes que están sobre nosotros se deshiciesen* (4)! *Ó cielos, enviad de lo alto este rocío; ó nubes, lloved al Justo. ¡Oh tierra, si te abrieses y brotases ya al Salvador* (5)! De esta manera los otros santos hervian con semejantes deseos y suspiros sin cesar, esperando el dichoso dia de su redencion, aunque no sin algun dolor, porque, como dijo el Sabio, *la esperanza que se dilata, aflige al alma* (6), y cuando se acerca el cumplimiento del deseo se alegra. Y así se alegraron cuando entró el ánima del gran Bautista, haciendo allí el oficio de precursor que habia hecho en este mundo, diciendo: *Alegraos y levantad vuestras cabezas, porque ya se acerca vuestra redencion* (7).

3. De esta consideración tengo de sacar semejantes afectos, imaginando á mi alma presa y cautiva en este cuerpo, como en un limbo y cárcel de tinieblas, gimiendo y deseando que venga Cristo nuestro Señor á librarla y llevarla consigo, diciendo con san Pablo: *Deseo ser desatado y estar con Cristo* (8). *¡Oh quién me librara de la cárcel de este mortal cuerpo* (9)! *Saca, Señor, de esta cárcel á mi alma, para confesar tu santo nombre* (10). Estos y otros afectos semejantes son muy propios de la gente perfecta, que ha comenzado á gustar la suavidad de la divina union, y siente sus ausencias, diciendo con David: *Las lágrimas eran mi pan de dia y de noche, mientras me dicen, ¿dónde está tu Dios* (11)?

PUNTO SEGUNDO.—1. *En el mismo punto que Cristo nuestro Señor espiró en la cruz, quedándose allí el cuerpo unido con la divinidad, su anima santísima, unida tambien con la misma divinidad, se partió al limbo á librar las almas de los justos que allí estaban* (12). En lo cual descubrió el Verbo divino encarnado las mismas virtudes que manifestó en su venida al mundo, para que entendiésemos que despues de muerto no estaba olvidado de ellas. Estas hemos de ponderar, para encendernos en amor de este Señor, especialmente dos.—La

(1) Psalm. LXXXIV, 8.—(2) Psalm. LXXIX, 3.—(3) Psalm. XLI, 2.—(4) Isai. LXIV, 1.

(5) Isai. XLV, 8.—(6) Prov. XIII, 12.—(7) Luc. XXI, 28.—(8) Philip. I, 23.

(9) Rom. VII, 24.—(10) Psalm. CXLI, 8.—(11) Psalm. XLI, 4.—(12) D. Thom.

primera fué su inmensa bondad y caridad, la cual le movió á venir en persona á salvar el mundo, aunque lo pudiera hacer por otros medios; así tambien, aunque pudiera librar estas almas del limbo sin bajar allá personalmente, pues con sola una palabra pudiera sacralas de allí, como sacó á Lázaro del sepulcro, diciéndole: *Sal afuera, ó pudiera enviar Angeles que se las trajeran á su presencia, pero no quiso, sino que su misma alma real y verdaderamente bajase al limbo, para descubrir el amor que las tenia y el mucho caso que hacia de ellas, y para aplicarles él mismo por sí mismo el fruto de su pasion y muerte, conforme á lo que estaba profetizado. Tu tambien, en virtud de la sangre de tu testamento, sacaste á los presos del lago donde no habia agua* (1). Ó eterno Amador de las almas, ¡cuán embriagado estás de su amor! pues no te hallas un punto sin ellas; en dejando de vivir con los hombres, luego quieres que tu alma viva con las almas, y estar donde están ellas, haciéndolas el bien que antes de tu muerte hacias á los hombres. Ven, Señor, á visitar la mia, júntate con ella, embriágala con ese amor tuyo, para que nunca de tí se aparte, ni quiera otra cosa mas que estar siempre unida contigo. Amen.

2. La segunda virtud fué su profundísima humildad, la cual quiso ejercitar, no solamente bajando á esta miserable tierra, sino á lo mas bajo de ella, y á lo que era cárcel y pena de pecado, estando allí algunas horas, aunque no como preso, sino como libertador de presos, para que por esta humillacion hasta lo ínfimo de la tierra alcanzase la exaltacion hasta lo supremo del cielo, segun aquello del Apóstol, que dice: *¿Qué es la causa por que subió, sino porque se abajó primero hasta las partes mas bajas de la tierra* (2)? Ó humildísimo Señor, que despues de la victoria quieres gozar de ella con muestras de humildad, concédeme que me humille y abaje hasta el postrer lugar, y en él me asiente muy despacio, porque bien sé que á la medida que me humillare en la tierra, seré por tí ensalzado en el cielo (3).

PUNTO TERCERO.—1. Aunque la entrada de Cristo nuestro Señor en el limbo fué en un momento sin resistencia alguna, pero podemos considerar el modo y majestad con que la hizo, imaginando que aquella ánima santísima bajaria acompañada de muchos Angeles, como de criados y ministros suyos; los cuales dirian aquellas palabras del salmo xxiii, aunque principalmente se entiende de la en-

(1) Zach. ix, 11.—(2) Ephes. iv, 9.—(3) Luc. xiv, 14.

trada de Cristo en el cielo, como despues veremos: *Abrid, principes, vuestras puertas; levantaos, ó puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria; y preguntando los príncipes de las tinieblas: ¿Quién es este Rey de la gloria? Respondieron: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla* (1). Ó Rey gloriosísimo, gózome de que tu gloria y fortaleza sea pregonada de los Ángeles, y publicada á los demonios, para que te conozcan, y se postren rendidos á tus piés. Ó Rey fortísimo y poderosísimo, ¡cuán nueva es tu fortaleza y cuán fuerte tu potencia, pues muriendo en la batalla, sales de ella con victoria, matando á la misma muerte y venciendo al autor de ella!

2. Hiciéronse los príncipes de las tinieblas como sordos: á este primer mandato, y repitiéndole segunda vez los Ángeles, hicieron ellos la misma pregunta, á los cuales respondieron: *El Señor de las virtudes, este es el Rey de la gloria*. Ó Rey de gloria, cuán bien os cuadra el nombre de Señor de las virtudes, porque sois Señor de la caridad, de la humildad, de la obediencia y paciencia, y de las demás virtudes celestiales, las cuales ganastes para nosotros en la batalla de vuestra pasion, y las repartís como despojos entre vuestros escogidos. Vos tambien sois Señor de las virtudes, porque de Vos proceden todas las obras santas, fuertes y gloriosas, por las cuales descubriste la gloria de vuestro reino, y haceis gloriosos á vuestros vasallos: Vos sois Señor de las virtudes del cielo, y á vuestro señorío están sujetas las potestades y dominaciones, y toda la milicia de la corte celestial, en cuya presencia tiemblan y se postran, adorándoos como á su Dios y á su Rey y supremo Señor. Ó Señor de las virtudes, repartid conmigo de ellas, pues las ganastes para mí. Ó Señor de la caridad, infundidla en mi corazon, para que todo se derrita en vuestro amor. Ó Señor de la humildad, arraigadla dentro de mi alma, para que halle gracia en vuestra presencia.

3. Tambien ponderaré la omnipotencia de este glorioso Rey, el cual en virtud de su sangre quebrantó y desmenuzó las puertas y cerraduras infernales, penetrando sin resistencia el profundo cáos de la tierra hasta el infierno, para sacar de allí los presos quebrantando sus cadenas, por lo cual tengo de alegrarme y decir con David: *Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres; porque desmenuzó las puertas de bronce, y quebrantó los cerrojos de hierro* (2). Puertas de bronce son mis pecados, que impiden la entrada de Dios en el alma: cerrojos de hierro son los estorbos que el demonio y carne ponen, para que Dios no

(1) Psalm. xxiii, 7. — (2) Psalm. cvi, 16.

los deshaga: cadenas fortísimas son las pasiones, con las cuales estoy preso para no hacer el bien que querria. Pues alábenle, Salvador mió, tus misericordias, y todo el mundo te glorifique por las maravillas que haces con los hijos de los hombres: porque con tu omnipotencia quebrantas todas estas puertas y cerrojos y cadenas de hierro, para entrar dentro de nuestras almas, y ponerlas en libertad: desmenuza, Señor, las mias, y entra dentro de mi alma, para que te glorifique y cante tus misericordias por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO.—1. En entrando el alma santísima de Cristo nuestro Señor en el limbo, alumbró con una celestial luz todas aquellas tinieblas, cumpliendo la divina Sabiduría encarnada lo que prometió cuando dijo: *Penetraré las inferiores partes de la tierra: miraré á todos los que duermen, y alumbraré á los que esperan en el Señor* (1). Luego dió á todas aquellas almas que le estaban esperando una lumbre de gloria, con la cual vieron la divina esencia y la majestad del que los habia librado, y todas quedaron glorificadas, convirtiéndose aquel limbo en cielo, y aquella cárcel de presos en paraíso de bienaventurados.—En lo cual se ha de considerar la grande alegría de aquellas almas con la repentina mudanza de su estado, y con aquella súbita vista de Dios, que es la suprema bienaventuranza de que ahora gozan. ¡Oh qué hartas y satisfechas quedaron, dándose por bien premiadas de todos los trabajos pasados! oh qué agradecidas estarian á quien tanto bien, y tan á costa suya les habia hecho! todas le adorarian y alabarian, y darian el parabien de su victoria. Podemos imaginar que venian coros á reconocerle, como suele suceder cuando entra un rey de nuevo en su reino.

2. El primero seria el coro de los patriarcas con todos los hijos que fueron herederos de su fe y santidad, los cuales le adoraron y reconocieron como á su supremo Patriarca y Padre del siglo futuro, confesando que eran sus hijos, y alabándole por la herencia celestial que les habia dado.—Luego el segundo coro de los Profetas le reconoció por supremo Profeta, y le agradeció el haber cumplido perfectísimamente todas sus profecías, y las promesas que por ellos habia hecho.—Tras este vino el tercer coro de los sumos sacerdotes y levitas, adorándole como á sumo Sacerdote sobre todos, y dándole gracias por el sacrificio que ofreció en la cruz por los pecados de todos para librarlos de ellos.—Á este se siguió el cuarto coro de los santos capitanes, jueces y reyes, con la muchedumbre escogida del pueblo de Dios, adorándole como á supremo Rey de cielos y

(1) Eccli. xxiv, 45.

tierra, y dándole el parabien de la victoria que habia alcanzado contra los príncipes de las tinieblas, quebrantando el orgullo del que se llama rey de los hijos de la soberbia.—El quinto coro fué de los ilustrísimos mártires que allí estaban, desde Abel hasta los niños inocentes que murieron por mandato de Herodes, los cuales le confesaron por Rey glorioso de los mártires, dándole las gracias por el ilustre martirio que sufrió en la cruz.

3. Todos estos cinco coros llevaban por alferez y guia al gloriosísimo profeta y mártir, y precursor de Cristo, Juan; y todos á una voz con divina armonía cantarían aquel divino cántico del Apocalipsis: *Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir la virtud y la divinidad, la sabiduría y fortaleza, la honra, gloria y bendición* (1). Digno eres, Señor, de abrir estas puertas eternas, porque fuiste muerto por nosotros, y nos redimiste por tu sangre, escogiéndonos de todas las tribus y lenguas, y de todos los pueblos y naciones del mundo, y nos hiciste reino de Dios, y sacerdotes, para que reine-mos contigo sobre la tierra: y luego tomarían las coronas de gloria que tenían, y confesando que no eran tuyas, sino de este divino Cordero, las arrojarían á sus piés, diciéndole: *Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, gloria y alabanza, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son* (2): tú nos has redimido y ganado estas coronas, y pues tuyas son, á ti sea la gloria por todos los siglos. Amen. Con cada uno de estos cinco coros tengo yo de cantar las mismas alabanzas á Cristo nuestro Señor, alabándole como á patriarca y profeta, sacerdote, rey y mártir, incomparablemente mas excelente que todos.

4. De aquí tengo de subir á considerar el inmenso gozo que sentiría el ánima de Cristo nuestro Señor, viendo tanta muchedumbre de almas redimidas con su sangre. ¡Oh cuánto se alegraría de haber venido al mundo por rescatarlas! oh por cuán bien empleados daría los trabajos de su pasión, viendo el copioso fruto que sacaba de ellos! Aquí vió cumplida la promesa del eterno Padre, que dice: *Porque su alma trabajó, verá y será harto, y le repartiré muchos hijos y vasallos, y dividirá los despojos con los fuertes, porque entregó su alma á la muerte y fué contado entre los malos* (3). O dulcísimo Redentor, os doy el parabien del gozo y contento que teneis, en premio de la tristeza y dolor que habeis sufrido. Bien responden estos cinco coros de santos á las cinco llagas con que los habeis redimido de la servidumbre del demonio: razon es que os goceis con

(1) Apoc. v, 12. — (2) Apoc. iv, 11. — (3) Isai. LIII, 11.

tanta muchedumbre de hijos como vuestro Padre os ha dado: y gracias os doy por el repartimiento de los despojos que con ellos habeis hecho, dando á cada uno tanto premio cuanto habia sido su trabajo: repartid conmigo algo de estos despojos, para que os sirva como estos santos os sirvieron, y llegue á gozar del premio que alcanzaron. Amen.—De todo esto tengo de sacar últimamente una larga confianza en Dios, sin cansarme de esperarle, ni congojarme por sus dilaciones y tardanzas, porque no hay plazo que no llegue, y en un momento da repentinamente tanto gozo, que recompensa los trabajos de muchos años.

PUNTO QUINTO.—1. Estúvose Cristo nuestro Señor en aquel limbo todo el tiempo que su cuerpo estuvo en el sepulcro, que fueron treinta y seis horas ó cuarenta, ejercitando en aquella cárcel la humildad y caridad, comunicando á los justos el premio en el lugar que habia sido instrumento de su trabajo. Pero allí no cesó de obrar obras maravillosas, con que aumentó el contento de aquellos justos.—Lo primero, dentro de pocas horas llegó el ánima del buen ladron, y le cumplió el Redentor la palabra que le dió en la cruz, cuando le dijo: Hoy serás conmigo en el paraíso, porque luego en entrando la puso en el paraíso celestial, que es la vista clara de Dios, de donde nacen todos los deleites que hay en el paraíso; y como Cristo nuestro Señor es tan honrador de los que le honran, allí delante de todos aquellos justos le honró contando como le habia confesado por Rey y Dios en medio de tantos que le despreciaban y blasfemaban, y todos aquellos justos agradecerían al buen ladron la confesion que hizo en honra de su Dios, y se alegrarían con él, y él alabaría grandemente al que le daba premio tan grande por servicios tan pequeños. Alégrate, ó alma mia, y regocíjate en Dios tu Salvador, abrázate de buena gana con la cruz, pues de ella baja un ladron al paraíso, y es glorificado con Cristo, porque en ella confesó á Cristo.

2. Lo segundo, es de creer que en el discurso de estas horas que estuvo allí Cristo nuestro Señor, despojó tambien el purgatorio sacando las almas que allí estaban, ó apresurando la paga de la deuda que debían, usando de alguna indulgencia en virtud de su sangre fresca y recién derramada en su pasión: despacharía desde allí Angeles al purgatorio, y traerían ya unas, ya otras, alegrándose grandemente las que venían, así por verse libres de tantas penas, como por ver la gloria del que las libraba, y la buena compañía de las almas que allí estaban, las cuales tambien se alegraban con las que de nuevo iban viniendo, tomando su gozo por propio, como

suele hacerlo la caridad. Ó liberalísimo Redentor, acordaos en este día de los que vivimos en esta vida mortal, purgando nuestros pecados con las aflicciones que en ella padecemos: trocad nuestro llanto en gozo; purificadnos de las culpas, y perdonadnos tambien todas las penas por ellas debidas.

3. Últimamente, puedo considerar la rabia de los condenados que barruntaron la entrada de Cristo en el limbo, viendo que los dejaba y no hacia caso de ellos, porque no fueron dignos de que Cristo los visitase y consolase con su presencia, antes los confundió porque no quisieron aprovecharse de los medios que les dió para alcanzar perdon de sus pecados. En especial puedo ponderar la rabia del desventurado Judas y del mal ladron, volviéndose contra sí mismos con furor endemoniado, porque no se aprovecharon de la ocasion que tuvieron, uno en la escuela de Cristo, y otro en la cruz. De donde sacaré escarmiento para mirar cómo vivo, porque la sangre de Cristo no saca del infierno al que una vez entra en él, ni aprovecha al obstinado que por su perverso libre albedrío la desprecia. Tambien ponderaré la confusion de Lucifer y de los príncipes de las tinieblas cuando se vieron vencidos de Cristo y atados con su omnipotencia, y sueltos los presos que habian ganado en cinco mil y tantos años. ¡Oh qué rabia seria la suya, viéndose postrados á los piés de Cristo, y cuán grande seria la gloria y gozo de Cristo, viéndolos así postrados á sus piés! Entonces, como dice san Pablo, *despojó á los principados y potestades*, quitándoles su poder con grande autoridad, y sacándoles la presa con gran valor, triunfando de ellos por su propia virtud, con grande manifestacion de su justicia (1), delante de muchedumbre de Ángeles que asistieron á este juicio. Gózome, Salvador mio, de este vuestro triunfo contra los poderes infernales, y de que con tan gran valor les hayais quitado sus despojos, y desmenuzado las armas en que tenian puesta su esperanza. Triunfad, Señor, de ellos en mí, dándome gracia para vencerlos, pues mi victoria será vuestra, porque todos vencemos por Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Llegado el tercer día despues de la pasion, que era el domingo, al amanecer (2), el ánima de Cristo nuestro

(1) Colos. II, 15. — (2) D. Thom. 3 p. q. 53 et 54.

Señor salió del limbo con aquellos coros de almas justas que tenia consigo, y fué derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo sepultado. Aquí tengo de ponderar,—lo primero, la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurreccion (1); porque habiendo dicho que estaria en el corazon de la tierra tres días y tres noches, como estuvo Jonás otro tanto en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo lo posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar de los tres días alguna parte, y esta bien pequeña, que fué la parte del viernes y la mañana del domingo. Á lo cual le movió su inmensa caridad, por socorrer con presteza á los discipulos que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y por acudir al consuelo de su afligida Madre y de todos sus amigos, por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como habia alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el cuidado que tienes de los tuyos, y por la presteza con que acudes á su consuelo y remedio (2). Hiciste tu curso como el sol, *corriendo como gigante la carrera*, haciendo muy mas largo el día que la noche: porque el día de tu vida duró treinta y tres años, alumbrando al mundo que estaba en tinieblas; pero la noche de tu muerte duró treinta y seis horas, tornando luego á nacer con nueva luz, para consolar á los que dejaste tristes con tu ausencia. Apresura, Señor, la luz de tu divina visita, para que respire mi alma con la presencia de tu gracia.

2. Tambien quiso nuestro Señor que su muerte fuese á la tarde al poner del sol, y su resurreccion á la mañana cuando queria salir, para significar que moria por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol, por nuestra justificacion (3), para restituírnos la vida de la misma gracia, y con ella el gozo, desterrando los llantos de la tristeza pasada, segun aquello de David: *Á la tarde habrá lloro y á la mañana alegría* (4).

3. Luego ponderaré el regocijo grande con que salió Cristo nuestro Señor del limbo, con aquella gloriosa compañía, triunfando del infierno, dejándole despojado de la presa que tenia; podria decir aquellas palabras de Jacob: *Con solo mi báculo pasé por este Jordan, y ahora vuelvo por él con dos compañías* (5): pasé por el mundo con el báculo de mi cruz, solo, y sin tener quien me ayudase; ahora vuelvo con dos compañías de justos de las dos leyes natural y es-

(1) Matth. XII, 40. — (2) Psalm. XVIII, 6. — (3) Rom. IV, 25.

(4) Psalm. XXIX, 6. — (5) Genes. XXXII, 10.